

CAPITULO XXII.

EN EL QME SE VE QUE LA JAMONA SABE MAS DE LO
QUE LE HAN ENSEÑADO.

AMALIA! exclamó solemnemente Ricardo: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije á usted, continuó Ricardo, que la amaba, porque..... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó..... mas todavía.

—¿Mas? preguntó Amalia á pesar de haberse propuesto no hablar.

—Mas, Amalia: me apretó usted.....

—¿Yo?

—La mano.

—Y usted interpretó mi apretón, ¿de que manera, no me hace usted favor de decirme?

—Me pareció que con eso me manifestaba usted.....

—¿Qué?

—Que no le era yo indiferente.

—¡Ah! yo creí que iba usted á decir otra cosa.

—No, Amalia, nada mas eso. Despues me mandó usted llamar con la Chata.

—Es cierto.

—Para decirme.....

—Sí, para darle á usted una satisfaccion; para no pasar para usted por una muger desatenta; eso á mi modo de ver, no tenia nada de particular.

—Despues, continuó Ricardo, le volví á decir á usted que la amo.

—Y me lo ha seguido usted diciendo muchas veces.

—Porque es cierto. Usted me ha hecho muchas confiancias, entre otras que no ama usted á Sanchez y que no es su marido de usted.

—Todo lo cual, interrumpió Amalia, lo ha traducido usted de este modo: "Amalia está enamorada de mí." ¿No es verdad?

Ricardo guardó silencio, y solo preguntó con la mirada.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo.

Exasperado Ricardo exclamó:

—Pues bien, sí es cierto; lo he creído, lo creo y le creeré siempre. ¡Usted me ama!

—¿Como amante?

—Como amante.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo, y luego dijo:

—Vea usted, Ricardo, que figura tan rara hace la sombra del candil en el techo; parece un monstruo.

Ricardo, en vez de ver el techo, se quedó contemplando á Amalia por largo tiempo.

Hubo un silencio larguísimo, durante el cual Amalia no cambiaba de actitud, ni Ricardo tampoco.

El silencio se hacia cada vez mas embarazoso, hasta que por fin Ricardo se levantó de su asiento.

Amalia permaneció inmóvil.

Ricardo tomó su sobretodo y se lo puso con mucha lentitud, en seguida tomó su sombrero y se paró frente á Amalia.

Esta permanecia con la vista fija en la sombra del candil.

—Temo sacarla á usted de sus profundas meditaciones acerca de la forma de la sombra, y me retiro.

—Adios, Ricardo; pero vea usted, vea usted; ¡sí parece un animal negro con muchos pies!

—Efectivamente, dijo Ricardo alargando la mano á Amalia, me despido de usted para no volverla á importu-

nar con mis gratuitas suposiciones, y le pido á usted mil perdones por haberme equivocado.

—No hay de que.

—Adios.

—Adios.

—¿Le es á usted indiferente que me vaya?

—No.

—¿Entonces?.....

—¡No se vaya usted!

—¿Quiere usted burlarse mas de mí?

—No.

—¿Me quedo para que hablémos formalmente?

—Como usted guste.

—¿Me ama usted?

—Sí.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho á usted muchas veces.

—¿Pero me ama usted?.....

—Como hermano, nada mas como hermano.

—Entonces debo retirar mi amor de quien no lo acepta tal como es; debo no volver á verla á usted jamas; pues to que su cariño está muy lejos de ser como el mio.

—¿Cómo es el de usted?

—¡Loco! ¡ardiente! ¡pasionado! ¡profundo!

—¿Y el mio no? preguntó Amalia con profundo sarcasmo.

—Usted lo ha dicho; me ama usted como á un hermano.

—Es cierto.

—Pues no quiero ese cariño; ó me ama usted como yo la amo, ó desaparezco para siempre. ¿Necesita usted que haga méritos? ¿que haga sacrificios? Ordene usted, mande, y no habrá nada en el mundo que no sea capaz de hacer por usted, porque la esperanza de que llegue usted á amarme tanto como yo la amo á usted, es mi vida, es mi valor, es mi poder; pero si por el contrario, mi amor creciendo cada dia se ha de estrellar contra la frialdad de usted, y no he de poder aspirar á mas recompensa que á ese cariño tibio y fraternal.....

—Entonces, interrumpió Amalia, no vuelve usted á verme; entonces se va usted y..... ¿no es esto? Quiere decir que, ó lo amo á usted por fuerza ó hacemos de cuenta que no nos hemos conocido. ¿Sabe usted, señor enamorado, que esas son dotes muy poco apreciables para quien se precia de seducter y de irresistible?

—¿Es decir que me quiere usted manso, humilde, sufrido?

—No, yo lo quiero á usted como es, y todavía no me he puesto á pensar lo que un hombre necesita hacer para que yo me enamore de él; yo no he estudiado literatura dramática, y no podría decir cuales son los resortes que un amante debe tocar para lograr conmover el corazon de una muger que, como yo..... ya lo ve usted, no es una niña; ¿ó pretende usted que le haga mi programa ni mas ni menos que si se tratara de una comedia?

—¡Amalia, me hace usted sufrir horriblemente!

—¡Lo siento!

—No la comprendo á usted.

—Tambien lo siento. Y vea usted, al principio creia yo que me habia usted comprendido perfectamente.

—Así lo creia; pero ahora.....

—Ahora le da á usted porque tengo obligacion de apasionarme de usted, so pena de perder hasta el amigo, hasta el hermano. ¿Está usted convencido de que yo no tengo la culpa de que usted sufra, de que usted se violente, de que usted quiera cojer las estrellas con la mano y no pueda?

—¿Tan difícil así es hacerme amar de usted?

—No; yo creo que es mas fácil.

—Voy á ser humilde.

—¡Mejor!

—Ya no me voy.

—¡Mejor!

Ricardo se quitó el sobretodo y se sentó al lado de Amalia.

—¡Qué vestido tan hermoso tiene usted, Amalia!

—¿Le gusta á usted?

—¡Mucho! ¿Quién se lo hizo?

—Coralia. Mírelo usted bien.

Y Amalia se paró y anduvo algunos pasos por la sala.

—Quítele usted el velador á la lámpara, para que lo vea usted mejor.

Ricardo obedeció, y dijo:

—¡Sí; sobre que es hemosísimo! ¡yo no he visto todavía un vestido mas bien hecho! ¡Ya se ve, es el cuerpo!

¡es usted tan bien formada! las líneas de su talle son las líneas clásicas del bello ideal; ¡es usted un modelo de escultural!

—¿Verdad?

—¡Ay! y acaba de asomarse un pié! ¡qué pié! ¡Positivamente, no sé cómo pueden aguantar á usted esos pies de niña!

—¿Ya me vió usted los pies?

—Mas bien los adiviné, como adivina uno la dicha, la fortuna.

—¡Ay qué horror! dijo Amalia, pues lo siento; porque si viera usted qué botines me ha hecho Garau!..... es cosa que me nadan los pies.

—¡Vea usted que lástima! y si así se ven tan pequeños ¿qué será?.....

—Soy extraordinariamente ócora para calzarme; tengo calzado en una abundancia que espanta; Sanchez acaba de pagar ciento diez pesos á Garau.

Ricardo se mordió los labios, pero exclamó:

—¡Con razon! yo pagaria doseientos.

—Tiene usted mi mismo gusto.

—Decididamente, Amalia, desde que la conocí á usted, me he persuadido de que no hay en el mundo muger mas de mi gusto que usted. Atesora usted todos los atractivos que pudiera imaginarme para formar mi bello ideal: es usted perfecta, encantadora.

Creyó por un momento Ricardo que empezaba á ganar

el terreno perdido, y que al fin habia logrado llevar la conversacion al terreno en que él la necesitaba.

—Hay en la Primavera unos abrigos primorosos, ¿no los ha visto usted?

—¿Unos abrigos?

—Sí, son muy elegantes; yo he pedido dos.

—Serán..... dijo Ricardo vacilando un poco en contestar; serán..... como todo lo de usted; de un gusto particular: apuesto á que ha elegido usted los mejores.

—Mañana los verá usted; los traen á las once; ¿viene usted á las once para verlos?

—Con mucho gusto, Amalia, aquí estaré.

—¡Ahl cuanto se lo agradezco á usted!

Amalia dijo esto con una intencion difícil de comprenderse.

Amalia temia el final de aquella entrevista, y aún estaba cierta de que acabaria por que Ricardo se impacientara; y por lo que pudiera suceder queria ponerle anticipadamente la ocasion de anudar al dia siguiente con un pretexto frívolo cualquiera hilo que se rompiera.

Ricardo fluctuaba en un mar de dudas, y encontraba inexplicable la conducta de Amalia. Aquella volubilidad en la que tan inusitadamente pasaba Amalia del fondo de la cuestion mas árdua á la mas fútil de las niñerías; aquella mezcla de candor y de malicia, de resistencia y de coquetería, de severidad y de amor, era para Ricardo un problema intrincado que no podia resolver.

Si abordaba resueltamente la cuestion del tocador, de

los encajes y de los vestidos, Amalia sostenia la conversacion con una impassibilidad y con un aplomo tales, que parecia olvidarse completamente de que estaba hablando con un amante.

Si Ricardo entraba al fondo de las cuestiones de su amor, si expresaba su pasion, si se manifestaba resuelto á todo, se estrellaba con una resistencia sistemática, era objeto de una repulsion fria y desconsoladora; y no obstante, una sola mirada de Amalia, dirigida con una habilidad poco comun, bastaba para que Ricardo exclamara interiormente:

—¡Sí, me ama, me ama esta muger; esa mirada está rebotando de pasion; esa mirada la vende á pesar suyo; si no me amara no me veria así!

Ricardo tenia en que apoyarse; efectivamente, las miradas de Amalia eran dardos de fuego; Amalia sabia mirar de una manera peculiar suya: una mirada de Amalia era un torrente de luz, de pasion, de sentimiento, que enloquecia á Ricardo.

Esta era una clave misteriosa que poseia Amalia, y que poseen muchas mugeres, especialmente las que, como los generales viejos, conocen á fondo todas las debilidades del enemigo.

Los ojos son una arma terrible, y en el arsenal del amor esas viejas armas tienen un puesto de honor indisputable.

Dos párpados, que como un cartabon movable, sombreamos y cortan la pupila húmeda y brillante como buscando un foco, encierran tal tesoro de combinaciones, tal

mundo de causas, que parece increíble; de una sola faz de esas combinaciones han resultado los Abelardo, los Romeo, los Fausto, los Rafael: las líneas de dos párpados han sido el primer renglon de todos los poemas de amor.

Solo que, á pesar de todo, existen sustanciales diferencias en ese principio.

Dios puso en los ojos algo superior á la palabra y á la accion, algo que es solo del alma, porque existe una esencia tan inmaterial en nosotros, que era preciso que rebosara, que se manifestara de algun modo; y tomó la forma de luz, la forma de mirada.

La niña ingénuu eavia el primer efluvio de su alma en las irradiaciones de esas dos estrellitas que tienen por cielo dos pupilas negras: esas irradiaciones buscan siempre la luz de otras pupilas, porque tales son los conductores magnéticos de la atraccion sexual.

La jóven mira porque siente, y no conoce el poder de su mirada.

¡Dichosa la muger que no lo conoce nunca! La muger sigue amando y sigue mirando muy quitada de la pena, como el ave que trina sin pensar que la está oyendo un *diletante*.

Pero desde el momento en que la malicia femenil empieza por sentar la reglita de que *los ojos son las ventanas del alma* y de que las miradas son dardos, y otra porcion de cosas que les aprenden á los poetas, la muger empieza á elegir papeles en el repertorio de la comedia humana; empieza á *proveerse de miradas*, como el cazador

se provee de postas y de fulminantes en la armería; y la muger entonces entra de lleno al terreno de la jamona, que sabe ya tomar el efecto por causa eficiente y empieza el credo desde "*..... Poncio Pilatos fué crucificado,*" etc.

Entonces la jamona es el ruiñeñor que trinando en la foresta estuviera pensando en la juiciosa crítica de Alfredo Bابلot, ó en los profundos conocimientos musicales de Melesio Morales; entonces la muger es el zenzontle que antes de dar al viento su cantares se acordara de la llave de *do* en primera y se callára antes de atacar el *si* bemol por temor de *hacer un gallo*.

Ni mas ni menos es la jamona. Ya rica con su tesoro de esperiencia, con su almacen universal de cuentos color de amor, con su repertorio de madrigales, máximas, axiomas y recetas, se confecciona interiormente un laboratorio químico, en el que, merced á todos esos reactivos, forja dardos—miradas por el procedimiento de la galvanoplástica, y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes á las bailarinas y á los diplomáticos.

Amalia sabia hacer todo eso y muchas cosas mas; Amalia en materia de amor habia pasado de la calidad de discípula á la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenia, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos: la cuestion para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontrais corazones que os entreguen el *huso*, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la muger sabe tanto

como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni mas ni menos como la mas incauta de las moscas!

Como lo habia previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.

CAPITULO XXIII.

DE COMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN MAGNIFICO
RECURSO AMOROSO.

EL mismo dia en que Sanchez cumplia su palabra á los dependientes del almacen de Cárlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulo con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habian llevado.

No sabia quien la habia puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.